

Jean Rhys

Después
de dejar al
SEÑOR
MACKENZIE

martre

AMOT

NOU
REU

Au Carillon de Montm
BAH - DE JEUNES - DINE



Después de dejar al señor Mackenzie es un análisis conmovedor del tema de la soledad en una mujer. La frustración, el egoísmo y la incompreensión de quienes la rodean, la creciente sensación de desamparo, van empujando a Julia Martin a una experiencia límite de insolidaridad, a la conciencia cada vez más lúcida de que su destino es vivir la soledad no como una situación accidental, sino como la forma acabada y absoluta de realización. Prodigiosamente dialogada, narrada con un lenguaje tenso, sobrio, minucioso en la captación de los más cambiantes matices del espíritu, *Después de dejar al señor Mackenzie* es, realmente, una novela excepcional.

Primera parte

1. EL HOTEL DEL QUAI

1

Después de separarse del señor Mackenzie, Julia Martin fue a vivir en un hotel barato del Quai des Grands Augustins. Parecía un establecimiento un tanto sórdido, y la escalera olía a los gatos de la propietaria, pero los dormitorios eran más limpios de lo que una esperaba. Había en el hotel tres gatos —de Angora, blancos— que solían estar dormidos en el mostrador de recepción.

La dueña era una mujer flaca y rubia, con párpados enrojecidos. Hablaba en voz baja, en un susurro, y se comportaba de manera dubitativa, por lo que una pensaba: «No puede ser francesa». Pero, desde luego, una no se perdía en un mar de conjeturas con respecto a la nacionalidad de la dueña del hotel, por cuanto esto le importaba a una un pimiento.

Cuando se le pedía habitación, no contestaba con locuacidad. Decía los precios y entregaba una cartulina:

HOTEL ST. RAPHAEL
QUAI DES GRANDS AUGUSTINS
PARIS, 6ME
CHAUFFAGE CENTRAL. EAU COURANTE
CHAMBRES AU MOIS ET À LA JOURNÉE

Julia pagaba dieciséis francos diarios. Su dormitorio, en el segundo piso, era amplio y de alto techo, pero tenía aspecto sombrío y recordaba la cara de un tuerto debido a que la única ventana estaba situada muy hacia un extremo.

El cuarto tenía carácter. Había en su tristeza cierto aire excitante de fantasía, que quedaba reforzado por el dibujo del papel de la pared. Un pájaro grande, posado en la rama de un árbol, abierto el pico, se enfrentaba con un raro ser carente de alas, mitad pájaro, mitad lagarto, que también tenía el pico abierto y el cuello estirado, en belicosa actitud. De la rama en la cual los dos seres se encontraban brotaban hojas, fruta y musgo.

El efecto que todo lo anterior producía no era, aunque parezca raro, siniestro sino alegre y estimulante. Además, Julia estaba cansada de los papeles a rayas. Había descubierto que estos papeles agravaban su dolor de cabeza, al despertar después de haber bebido.

La cama era amplia y cómoda, cubierta con una colcha imitación de satén, de marchito color de rosa. Había un armario sin espejo, un sofá de terciopelo rojo y —frente al armario, reflejándolo— un espejo muy manchado, con marco dorado.

En la repisa, debajo del espejo, se encontraban, diseminados, los efectos de embellecimiento de Julia, formando un desordenado conjunto de lápices labiales, cajas de polvos y de maquillaje para los ojos. En la pared, más allá del espejo, en el extremo, había una pintura al óleo, sin marco, en la que se veía una botella mediada de vino tinto, un cuchillo y una porción de queso de Gruyère, con la firma «J. Grykho, 1923». Cuadro que probablemente se quedó en el hotel, en pago de una deuda.

Todos los objetos del cuadro estaban levemente deformados y parecían pictóricos de oscuro significado. Hallándose Julia en cama, desde donde no podía evitar ver el cuadro, a veces se decía: «No sé si este cuadro será bueno.

Quizá lo sea. No tengo la más leve idea, pero incluso puede ser muy bueno... Apostaría a que es muy bueno».

Pero, en realidad, Julia odiaba el cuadro. Compartía con el color del sofá cierta deprimente calidad. El cuadro y el sofá se unían en su mente. Por su perversidad, el cuadro era más alarmante que el sofá, pero el sofá era más sórdido. El cuadro ponía la idea, el espíritu, y el sofá ponía el acto.

2

Hacía seis meses, concretamente desde el día cinco de octubre, que Julia se alojaba en este hotel. Al llegar dijo a la dueña que ocuparía el dormitorio durante una semana o quizá dos. Y se dijo a sí misma que era un excelente lugar donde esconderse. También se dijo que se quedaría en el hotel hasta que los sentimientos de dolor y humillación, legado del señor Mackenzie, hubieran desaparecido.

Al principio, la dueña se había comportado con suspicacia y hostilidad, debido a que no le gustaba que Julia tuviera la costumbre de regresar por la noche, con una botella. Un hombre, sí; una botella, no. Éste era el criterio de la dueña del hotel.

Pero Julia era tranquila y muy inofensiva. Además, tampoco era mal parecida.

En su fuero interno, la dueña del hotel consideraba que Julia llevaba una vida extraordinaria e increíble. «Siempre sola en su dormitorio. Es una vida de perro». Luego, decidió que Julia estaba loca, que le faltaba un tornillo. Después, habiéndose acostumbrado a su huésped, dejó de elaborar hipótesis, y, poco a poco, se olvidó de ella.

Julia, por su parte, no era totalmente desdichada. Encerrada en su dormitorio —sí, especialmente cuando se encerraba—, se sentía segura y a salvo. Dedicaba la mayor parte del tiempo a leer.

Pero había días en los que sus pensamientos daban naturaleza confusa y temible a su monótona vida. En estos días no podía estarse quieta. Se sentía obligada a pasear por el dormitorio, arriba y abajo, consumida por su odio hacia el mundo y todos sus habitantes, en especial al señor Mackenzie. A menudo hablaba a solas, mientras paseaba.

Luego, se sentía terriblemente fatigada, y yacía en cama durante largo rato, inmóvil. Los rumores de la vida exterior eran como el sonido de un mar que se alzara poco a poco a su alrededor.

Igual que una vieja, se complacía en recordar. En su mente reinaba una confusa mezcla de recuerdos e imaginación. Siempre pensaba en lugares, no en gente. Yacente, pensaba en las oscuras sombras de las casas, en una calle soleada, esplendentemente blanca; en árboles con finas ramas negras y hojas tiernas, como los árboles de una plaza londinense en primavera; en un mar de oscuro color moderado, el mar de un cromo o de un país tropical en el que Julia jamás había estado.

Ahora Julia había cambiado. Estaba siempre cansada. Casi nunca pensaba en hombres o en amor.

3

Todos los jueves por la mañana, a las nueve y media, Liliane, la camarera, entregaba a Julia la carta del abogado del señor Mackenzie, en la bandeja con el café y el *croissant*.

Liliane era una muchacha corpulenta y rubia, ceñuda y un tanto malévola, debido a que trabajaba sin parar desde las seis de la mañana hasta las once o las doce de la noche, y debido también a que le constaba que, por no ser agradecida, probablemente tendría que trabajar de esta manera hasta su muerte. Tenía la cara ancha y los ojos pequeños y duros, en los que brillaban destellos de inquisitiva curiosidad, parecidos a los destellos luminosos en las pupilas de los gatos.

Liliane solía dar los buenos días a Julia, se iba, dando un portazo, y en la bandeja había la carta, mecanografiada, en inglés:

Distinguida señora: adjunto le remito nuestro cheque de trescientos francos (300), con el ruego de que acuse recibo.

*Atentamente,
Henry Legros.*

4

Cuando Liliane se hubo ido, Julia se incorporó y abrió los ojos con desgana. Aquella mañana, la carta no estaba en la bandeja. A veces, llegaba más tarde.

Julia se tomó el café. Las cortinas seguían corridas. Con luz eléctrica, Julia comenzó a leer.

Al leer, se formó una expresión tensa y ansiosa en su cara, que no la abandonó. Tenía Julia rostro redondeado y pálido, con ojeras profundas y azulencas bajo los ojos. Sus cejas eran finas y bien dibujadas, y su cabellera muy espesa y oscura, que orlaba desordenadamente su cabeza, estaba

matizada por quizás un exceso de rojizos reflejos. Sus manos delgadas, de palma estrecha y dedos muy largos y finos parecían las de un oriental.

Su carrera de altibajos había borrado de la persona de Julia casi todos esos rasgos distintivos que definen una personalidad, por lo que no resultaba fácil determinar su edad, su nacionalidad, o la clase social a la que realmente pertenecía.

A las doce, la camarera llamó a la puerta y, con voz hosca, preguntó si podía hacer el dormitorio. Julia gritó:

—Sí, sí. Dentro de media hora.

La calefacción central no funcionaba debidamente, y Julia sintió frío. Se vistió y se colocó junto a la ventana para maquillarse, poniéndose *kohl* en los párpados. Tenía los ojos grandes, y de expresión muy cándida, casi infantil.

Sus ojos la traicionaban. Por sus ojos y por las profundas ojeras se veía que era una soñadora, que era vulnerable, tan vulnerable que jamás podría triunfar en una carrera azarosa.

Se pintó con estilo complicado, muy cuidadosamente. Pero era evidente que lo que estaba haciendo había dejado de ser algo que efectuara al impulso del amor, y que se había convertido, en parte, en un proceso mecánico, y, en parte, en la formación de una máscara que sustituyese a aquella otra que a Julia le hubiera gustado llevar.

Dejar de maquillarse habría equivalido a confesar la edad y la fatiga. Hubiera significado que el señor Mackenzie había acabado con ella. Hubiese sido el primer paso en la senda que conducía a ser una mujer como la del piso superior, una mujer que siempre vestía de negro, que tenía la cara blanca y las uñas negras, y que había dejado de teñirse el cabello hacía algún tiempo, de manera que lo tenía, en las dos pulgadas inferiores, de un horroroso gris sal y pimienta.

Aquella mujer tenía aspecto humilde y dolorido. Como es natural, se había dado cuenta de que, sin dinero ni virtud, más le valía ser humilde. Pero su mirada era malévola, con la horrible malevolencia propia de los ojos de una mujer vieja y abandonada. Era una sombra, animada sólo por una llama de odio hacia alguien que se había olvidado de ella hacía ya largo tiempo.

Julia miró por la ventana los tenderetes de libros en el muelle. Y más allá de los tenderetes, corría el Sena, pardo verduzco y triste. Cuando pasaba una embarcación, las aguas del Sena espumeaban y se agitaban. Pero, casi inmediatamente, volvían a ser calmas y perezosas.

Cuando miró el río, Julia se estremeció. Tenía la certeza de que la cercanía de las aguas enfriaba su dormitorio. A Julia, el Sena sólo le gustaba de noche. Entonces, el río causaba la impresión de que, por misteriosas razones, tuviera más anchura, y de que fuera más fuerte su corriente. En estado de borrachera, cabía imaginar que era el mar.

5

A la una, la camarera volvió a llamar. Nerviosamente, Julia dijo:

—Sí, sí, sí.

Su abrigo era muy viejo. En el curso de los últimos meses, Julia había engordado, por lo que el abrigo le venía estrecho y corto. Imaginaba que le daba apariencia ridícula, especialmente contemplada por la espalda. Y así era hasta el punto que sus poco frecuentes impulsos de moverse se desvanecían cuando pensaba en el abrigo. Ahora Julia gritó:

—En seguida salgo.

Lloviznaba. Julia pasó de prisa ante los tenderetes de libros, dio la vuelta a la esquina en donde se encontraba el amplio café, y entró en la Place St. Michel. Se detuvo en el quiosco, y compró un periódico.

Siempre almorzaba en un restaurante alemán de la Rue Huchette. Cuando entraba, el propietario del establecimiento la saludaba desde su estratégica posición, junto a la escalera que bajaba a la cocina. Desde allí, podía ver a los camareros, la marcha del negocio y las piernas de las clientes.

Julia se sentó a su mesa habitual, puso el periódico ante sí, y lo leyó mientras comía.

2. EL SEÑOR MACKENZIE

1

Después de terminar la comida, Julia salió a dar un paseo. Lo daba todos los días, fuera cual fuese el tiempo que hiciera. Y tanto le angustiaba la posibilidad de encontrar a algún conocido, que se esforzaba en ir por callejas secundarias siempre que podía.

Cuando pasaba ante los cafés con cristalera a la calle, su rostro adoptaba una expresión dura y severa; sin embargo, se detenía ante los escaparates. Libros y libros y más libros. Y también había escaparates en los que se exhibían moldes de pies deformes, perros y zorros disecados, fotografías de la luna.

Aquella tarde, Julia pasó largo rato en la Rue de Seine, contemplando un cuadro en el que se veía a un hombre a cuyo alrededor se enroscaba una línea que parecía un gran sacacorchos de color de malva. Al pie del cuadro se leía, «*La vie est un spiral, flottand dans l'espace, que les hommes grimpent et redescendent très, très, très sérieusement*».

Emprendió el camino de regreso, con el ánimo sereno y en paz. Los movimientos de su cuerpo eran suaves y fáciles. Con agrado, sentía la humedad y el aire dulce en la cara.

Se sentía un ser completo en sí mismo, sin vínculos, independiente del resto de la humanidad.

A las cuatro y media entraba en el hotel, y encontraba en recepción la carta de *Maître Legros*.

Cuando llegó a su dormitorio, dejó la carta sobre la mesilla. Se resistía a abrirla. Quería conservar aquella sensación de bienestar.

Se tumbó en cama, encendió un cigarrillo, y contempló las luces que, procedentes del Palais de Justice, cruzaban el río, como ojos fríos, acusadores, amarillentos.

Comenzó a sonar el gramófono en el dormitorio contiguo. El hombre joven que ocupaba aquel cuarto tenía a veces la compañía de una muchacha, y, cuando estaban juntos, ponían una y otra vez el mismo disco. En una ocasión en que Julia pasó ante este dormitorio, la puerta estaba abierta. Y vio a la pareja. La muchacha estaba sentada al lado del hombre y le pasaba la mano por el muslo, de abajo arriba, comenzando por la rodilla, en un movimiento suave y repetido, mientras el hombre, con expresión vacía y sensual al mismo tiempo, miraba, por encima del hombro de la muchacha, a un punto en el aire.

Julia se levantó y encendió la luz. Leyó la carta:

Distinguida señora: adjunto le remito nuestro cheque por un importe de mil quinientos francos (1.500). Nuestro cliente nos ha dado instrucciones de efectuar este último pago, así como de comunicar a usted que, a partir de la fecha, dejaremos de pagar la pensión semanal. Le rogamos acuse recibo.

*Atentamente,
Henry Legros.*

2

Julia desdobló el cheque. Las palabras «*Quince cents francs*» estaban escritas en clara redondilla.

Siempre pensó que algún día harían algo parecido. Sin embargo, ahora, que había ocurrido, se sentía desconcertada, como desconcertado quizá se sienta el recluso a quien, después de haberse resignado a pasar un período indeterminado en solitaria reclusión, en una celda no muy incómoda, una buena mañana dicen: «Bueno, hoy te soltamos. Aquí tienes un poco de dinero. Hala, andando».

Entonces Julia comenzó a pasear por el dormitorio, con las palmas de las manos prietamente unidas. Planeaba su futuro excitada y confusa, ya que, en aquel instante, había perdido la idea del exacto valor del dinero.

Al ponerse el sombrero, se miró al espejo. Se dijo: «He de comprarme ropa. Es lo primero que tengo que hacer». Y ansiaba tener a su lado a alguien a quien pudiera decir: «Pues la verdad es que no estoy tan mal como eso, ¿no crees? Aún me quedan armas con las que enfrentarme con el mundo».

La habitación había ya adquirido un aspecto diferente. Era una habitación ajena, igual que todos los lugares se convierten en lugares ajenos, cuando uno se dispone a dejarlos.

Ahora volvió a sonar el gramófono en el dormitorio contiguo... La gente reía, hablaba, se empujaba. Multitudes se daban codazos a lo largo de una calle, camino de una feria. Se empujaban y reían. Y se oía cómo el rumor de los pasos y el ruido de la feria se acercaba más y más. Y la gente gritaba. Por fin, el ruido de la multitud se extinguió, y al oído sólo llegaba música de feria, vulgar, pero amable y extraña.

Cuando Julia estuvo en la calle, cierto sentimiento de cautela nació en ella. Pensó: «Debo ir a sentarme a algún sitio, y decidir en serio lo que debo hacer».

Entró en un café en la esquina de aquella calle. Estaba casi vacío. Se sentó y pidió una copa. Mientras esperaba que se la sirvieran, se miró al espejo situado enfrente de ella, sin dejar de pensar en las ropas que se compraría.

Con pasión, con voluptuosidad, pensaba en vestidos. Imaginaba el contacto de un vestido nuevo con su cuerpo, imaginaba el aroma del vestido, e imaginaba sus manos saliendo de unas largas y negras mangas.

El camarero le sirvió el pernod que había pedido, y Julia bebió la mitad de la copa sin añadirle agua. El calor se le subió a la cara, y su corazón comenzó a latirle más de prisa.

Terminó la copa. Tuvo la sensación de que le había dejado sabor amargo en la boca. Un calor, que era como el calor de la rabia, llenaba su cuerpo.

En la mesa, ante ella, tenía un bloc de cartas y pluma y tinta. Abrió el block y comenzó a dibujar banderitas. Mientras dibujaba, veía la cara del señor Mackenzie, que flotaba, con una fría y sardónica sonrisa, entre sus ojos y el papel.

De repente se sintió dominada por tan horrible y abyecta sensación de humillación, que de buena gana hubiera puesto los brazos en la mesa, la cabeza en los brazos, y hubiese llorado sonoramente, sin importarle que la gente la mirase o lo que la gente pensara de ella.

Comenzó a escribir una carta:

Esta tarde he recibido el cheque. ¿Por qué no me diste el dinero suficiente para irme, cuando te lo pedí? Ahora estoy tan hundida que no sirvo para nada. ¿Y qué crees que puedo hacer con mil quinientos francos?